

hacerles daño, pasaron adelante barloventeando para llegar a dar fondo, pero por ser ya tarde aguardaron otro día, tres de mayo, en el cual surgieron, dándole por nombre al puerto, la Vera Cruz y a la tierra la austral del Espíritu Santo.

CAPÍTULO LXIX. *Donde se da fin a la relación de esta jornada y se dice una refriega que tuvieron los nuestros con los isleños de la Vera Cruz, donde mataron a el rey de ellos, y se dice la abundancia de la tierra*



ESTÁ ESTE PUERTO DICHO ENTRE DOS RÍOS; pusieronles por nombre, al uno, el Jordán, y al otro, el de el Salvador, que no pequeña hermosura daban a todas sus riberas, porque estaban llenas de olorosas flores y yerbas. Las playas de esta bahía son anchas, largas y llanas; es el mar aquí manso y apacible, porque aunque los vientos soplen con fuerza de la bahía dentro, apenas se mueve el agua; está por todas partes, enfrente de el mar, alegre y fresca arboleda, continuándose hasta la falda de muchos montes que descubrieron; y aun desde la cumbre de uno, en que subió nuestra gente, se divisaron fertilísimos valles llanos y vistosos y las montañas verdes atravesando por ellos diversos ríos; es tierra toda que, sin ninguna duda, hace ventaja a las de América, y la mejor de nuestra Europa, no hará poco, si la llega; es copiosísima de diversas y sabrosas frutas, de batatas, ñamés, papas, plátanos, que produce la tierra con sobrada abundancia, pues sin fuerza de arado, ni hoz, ni otro artificio, ofrece a sus moradores en todo tiempo regalado fruto; hay también por los valles y montes naranjas y limas; viéronse almendras mayores que las de España, ovos y otras muchas frutas no conocidas, pero sabrosas al gusto; hay albahaca, nuez moscada, ébano, gallinas y puercos; y por las señas que dieron en las otras islas de atrás, hay también ganado grande, aves de muchas suertes y de regalado canto; vieron abejas de miel, palomas, perdices y papagayos; las casas en que moran son pajizas y bajas; y ellos de color negro; hay temblores de tierra, señal de tierra firme.

Llegadas que fueron las barcas a tierra, otro día, los indios y su rey con ellos salieron a las playas, pesándoles en extremo de la ida de los nuestros procurando con algunos dones de frutas, que les dieron, que se volviesen, mas nuestra gente, saltando en tierra, procuró hacer paz con ellos, aunque el indio rey, haciendo con la punta de un arco una raya en el suelo, dijo, que no pasase ninguno de allí adelante; pero Luis Váez, pareciéndole cobardía, pasó de la raya; mas apenas lo puso por obra cuando los bárbaros dispararon a gran priesa algunas flechas; y en pago de este atrevimiento y mala intención, mató nuestra gente algunos y a el rey con ellos, huyendo los demás por el monte. Hicieron, en el tiempo que allí estuvieron surtos los navios, algunas entradas para buscar comida, de que iban faltos y jun-

tamente para tratar con ellos la paz; pero son los indios de tan mal pecho, que jamás quisieron llegar a concierto con ellos, antes, puestos en celada, los aguardaban en el paso muchas veces, aunque jamás pudieron hacerles daño; respecto de que los árboles y hojas de el bosque les impedían los tiros de las flechas, llevando siempre en la cabeza, porque a balas poco estorbo hacen ramas.

De esta manera y con este sobresalto y peligro muchas veces pasaron aquellos días, haciendo en ellos dos muy solemnes fiestas: una, de la bendición de el estandarte y banderas, en el cual día se tomó la posesión de las tierras en nombre de su majestad, el rey don Felipe el Tercero, nuestro señor, enarbolando el padre comisario una cruz, en alabanza y gloria de el que padeció en ella; así por los que la conocen y reverencian, como por aquellos escondidos infieles, pidiendo encarecidamente a Dios, acompañado de la gente de la armada y demás religiosos, que fuese su divina majestad servido de que sirviese de principio y medio su ida, para que aquellos idólatras dejasen el abominable culto y reverencia de el demonio; y por virtud de la predicación se volviesen a el conocimiento del verdadero y Señor de los hombres. Hiciéronse en entrambas fiestas, danzas y bailes; y en la de el Corpus, procesión, haciendo salva la artillería y arcabuces, diciendo los sacerdotes, todos, misa y el comisario la mayor, en una iglesia que edificaron, toldada con hojas verdes de palmas; y en torno de ella sus calles de árboles, que a la vista formaban una agradable alameda, a cuyas esquinas se pusieron altares, que no pequeño gusto y devoción causaron. Confesaron todos para ganar el copioso jubileo que traían; y a los últimos días, aderezando ya su partida, subieron por la falda de un monte veinte y cinco soldados, quedando algunos en guarda de las playas, deseosos de buscar alguna comida fresca, y desde la cumbre descubrieron un hermoso valle, a el cual bajaron, y no hallando pueblo ni señal de gente, entraron por él, y a la subida de otro monte, que estaba distante de la playa dos leguas, oyeron ruido de atambores y codiciosos de hacer presa, fueron con el silencio posible hasta llegar tan cerca que pudieron acometer. El pueblo pasaba el día descuidadamente en danzas y bailes, aunque luego que se vieron acometer, desamparando las casas, se subieron por el monte arriba, dejando juntamente sus hijos y mujeres, aunque por lo que después hicieron se puede creer que su huida fue por haberlos cogido de sobresalto y sin armas; los nuestros, que se vieron señores de el pueblo, se entregaron de él y de sola una casa que entraron sacaron catorce puercos, con los cuales y tres niños que hallaron en ella dieron la vuelta, temiendo la de los ofendidos indios; así por verse tan lejos de socorro como por venir cansados.

Ya venían atravesando el valle cuando a el son de atambores hechos de madera hueca y de levantados gritos, que a el más animoso pecho pusieran miedo, acometieron a los nuestros, los cuales viendo su peligro a toda prisa caminaron por la falda de el monte, atravesando el valle hasta subir a la cumbre, donde por el cansancio y carga que traían, se pararon un poco, esperando con esfuerzo y valor, a ver la determinación de los indios; los cuales, puestos cerca, dispararon una espesa lluvia de flechas, con grandes

voces y ruido, más fue Dios servido que a ninguno de los nuestros ofendiesen. Los acometidos les respondieron con otra rociada de balas, con que no sólo los retiraron; pero huyeron muchos heridos aunque no por eso de volverlos a seguir por el monte abajo, hasta las playas, obligando a los nuestros a reparar muchas veces para retirarlos y detenerlos; y aunque esto fue de importancia, no de tanta que les hiciesen mudar de el intento, antes subiéndose en empinados peñascos, por donde sabían que el camino bajaba, arrojaban gruesas piedras, hiriendo en un brazo y una mano a Juan Ochoa de Bilbao.

De esta manera nuestros pocos (pero valientes españoles) llegaron a la marina, sin que a ninguno le obligase el peligro a dejar la presa; mas entre tanto que bajaban de el monte disparó la capitana dos piezas, que no fueron de pequeño efecto, para poner espanto a los indios; mas la ira y coraje les forzaba a no temer la muerte, los cuales, llegados a las playas, los dejaron y huyeron, por no haber podido efectuar su intento en la playa, donde había salido en su seguimiento, viendo en ella no sólo a los que seguían, sino también a los que habían quedado de guardia, y a otros que habían venido a el socorro de todos los que estaban en tierra y todos juntos los detuvieron y retiraron a fuerza de balas. Con esto se embarcaron los nuestros, alegres y contentos de el buen suceso de aquel día; así pasaron hasta que dejaron la bahía, cuya entrada se corre norte sur, y la costa de la banda del leste tendrá doce leguas de largo hasta el fin de ella. Tiene de boca ocho leguas largas y por la costa de la banda de el oeste quince leguas. Dieron vela, pero fueles forzoso volver a el puerto, habiendo apenas quien pudiese marcar las velas, porque dos noches antes, habiendo por gusto ido las barcas a pescar a unas peñas, con anzuelos, que los demás días que estuvieron surtos, con red pescaron diversos géneros de peces, en grande abundancia y sabrosos, sucedió que trayendo entre algunos pargos, algunos que habían comido yerba venenosa, cupo a todos parte de la carne emponzoñada y les puso en mucho extremo y en grande riesgo de la vida; y pensando todos los soldados que morían, todo cuanto hacían era lamentar y dar voces a Dios, pidiendo socorro para las almas, si no lo había para los cuerpos. Las naves parecían hospital de ciudad, que tiene peste; no había quien pudiese tenerse en pie, confesándose todos, creyendo de cierto que morían; mas como Dios jamás se olvida de quien en su nombre y por su causa trabaja, tuvo por bien que la fuerza de el veneno se aplacase, valiendo en esta ocasión la diligencia y cuidado de Alonso Sánchez de Aranda, médico de la armada, que aunque tocado del mal, era el que menos padecía; pues sin cesar de día, ni de noche, dando bebidas, confecionados jarabes y haciendo otros remedios de ventosas y sangrías, a quien ayudó con fervor y cuidado Diego de Ribera, cirujano de la almiranta, dio salud a todos, volviendo a tomar el puerto donde estuvieron hasta cinco de junio, no dejando de hacerse algunas entradas llevando los muchachos indios a tierra, para que fuesen instrumento de la paz; pero no aprovechando dieron vela, deseosos de descubrir las tierras de barlovento, para fundar las demás ciudades, en nombre de su majestad, como habían hecho en la bahía,

donde se fundó una, llamada por nombre la Nueva Jerusalén, donde fueron nombrados alcaldes, regidores, oficiales reales y otros ministros de justicia. Salieron de este puerto y luego les dio tan recio y contrario viento, que viendo la fuerza con que soplabá y que la mar alterada hacía meter los castillos de las proas en el agua, les fue forzoso procurar volverse a meter en él; la zabra y almiranta pudieron tomar puerto, dando fondo en otra parte más apartada de el primer surgidero, por asegurarse más, habiendo antes barloveanteado dos días, andando por la bahía con mucho riesgo, todos tres navíos juntos; y al tercero, a el anochecer, por haber cogido mejor vuelta y más larga, surgieron los dos; mas la capitana, arreciando el viento con mucha fuerza, probó a surgir y no halló donde por una y otra vuelta, con grande riesgo por ser la noche muy obscura y el viento llevarla a varar a tierra; fuele al fin forzoso, por éstas y otras razones, a dar la cebadera y a popa salir fuera a buscar la boca de la bahía, donde calados los masteleros estuvieron el resto de la noche, hasta otro día siguiente, para ver si podían tomar el puerto; pero fue imposible, por más que se procuró, antes la fuerza de el viento los hizo descaecer de la boca, hasta que los apartó de ella quedando muy a sotavento, donde pasaron tres días, perdiendo siempre de su viaje; y viendo el capitán que no tenía remedio de tomar la bahía, por reinar aquel viento allí siempre, hasta abril, que reinan los vendabales, acordó con parecer de los pilotos seguir la derrota y ponerse en altura de diez grados y un tercio para buscar la isla de Santa Cruz, que es donde se les dio a los navíos orden que fuesen, si se apartasen de su capitana. Hicieron vela, pero muy poca por el recio viento, hasta ponerse en la dicha altura, descubriendo una vela a quien fueron dando caza; pero conociendo que era embarcación de los indios de aquellas islas, la dejaron, y puestos en los diez grados y un tercio, no descubrieron la tierra que se pretendía; antes siempre se fueron bajando más, con harto desconsuelo, indicio de que se les quedaba la tierra por sotavento, respecto de el mucho abatimiento que sacaron de la boca de la bahía.

Viendo el capitán el poco remedio que había de tomarla, ni de volver atrás y la navegación ser larga y el bastimento poco, acordó tomar parecer de todos, qué se podría hacer; pasar adelante la vuelta de la China o seguir la derrota de la Nueva España, ya que el cielo había permitido que perdiesen los compañeros; dieron todos los que más entendieron sus pareceres, juzgando por razones evidentes ser más acertado seguir el viaje de la Nueva España; tomáronse por escrito los pareceres firmados de sus dueños y, con harto pesar de el mal suceso, dieron vela la vuelta de la Nueva España; parte bien contraria y diversa de su primer intento. Tuvieron muchos contrastes de viento y calmas; y así en esta navegación, como en la primera, mucha sed; y fue Dios servido que a los tres de octubre descubrieron la costa de Nueva España, habiendo visto antes muchas señales de ella, que suelen ver los que cursan la carrera de la China, habiendo estado desde que se derrotaron hasta verla tres meses y ocho días. Caminaron a su vista catorce días, con harto trabajo y con harta necesidad, por falta de bastimento y agua y sobra de calmas y calores.

De esta manera fueron navegando hasta la vista de la California, donde por algunas calmas se detuvieron más, dos o tres días; en uno de los cuales, después de media noche, se arrojó al agua un marinero, mancebo robusto de nación italiana, no echándolo menos en la nao hasta otro día; en el cual, por algunos indicios, se supo la manera que tuvo en echarse a el mar (caso por cierto notable y de admiración) porque en dos botijas, tapadas las bocas con cera, metió lo que le pareció bastante para su comida de allí a tierra, que serían cuatro leguas; ató juntamente a las botijas una tabla, en que poder ir sentado; llevó su espada y otras menudencias, rosario e imágenes; pero causó espanto la determinación suya, dejando a Dios su intento, pues pudiendo aguardar dos o tres días, a que se pasase la California y descubriésemos tierra habitada de cristianos, quiso arrojar de la otra parte cuyos moradores son bárbaros gentiles.

De allí, con buen tiempo, caminaron hasta la octava de San Francisco, que se hallaron en medio de la boca con calma, la víspera; pero cuando quiso amanecer comenzó el cielo a obscurecerse y a soplar el norte, de suerte que cobrando siempre más fuerza y el cielo entoldándose de nubes, apercibióse la gente de lo necesario; viendo la violencia de el tiempo amainaron las velas de gavia, y todo lo demás puesto a punto; pero aprovechara poco si el remedio divino no les favoreciera; porque fue el viento de suerte que la imagen de la muerte se les representó a cada uno en la imaginación y alma; la gente de mar turbada andaba a todas partes, sin saber a qué parte estaba el remedio; los pilotos, atónitos y mudos, apenas sabían mandar lo necesario; tanta era la confusión de aquel día y más de ver que el viento no cesaba y la mar por el cielo amenazando a muerte a todos; pues por la una banda entraba hasta la escotilla de medio todo el bordo debajo de el agua, pendiente la nao a la banda iba corriendo con el trinquete, por parecer no estaba seguro el navío de mar en través; mas la fuerza de el viento fue tanta que lo hizo pedazos; fue necesario echar la barca a el agua y todo lo que estaba por el combés; y viendo que crecía la borrasca, se acordó de cortar el árbol mayor; y así, con hachas y machetes, comenzaron a cortar la jarcia y la boza a que estaba asido; mas hubo pareceres que no se cortase; y así, quedando la fuerte nao atravesada como una roca, sin sentimiento ninguno, que no poco contento dio a la gente; pero como no cesaba el tiempo, esperaban por horas la muerte, pues envuelta en las ondas los amenazaba. Confesaron muchos pidiendo a Dios perdón de sus culpas; mas Dios, que no se olvida de quien le ama, hizo que el viento cesase y así la nao quedó segura porque el mar iba ya abonanzando, dando lugar a que el timón se aderezase, porque el mar lo había rompido. Vino la noche serena, mas no se acabó nuestro duelo, pues otro día dio a Dios su alma el padre comisario, refugio y regalo de todos, habiendo estado algunos días enfermo, créese que de flaqueza, por ser hombre anciano y tener poco sustento. Con este disgusto, después de dada la sepultura a su cuerpo, en medio de el mar, dieron vela por la costa, hasta el puerto de la Navidad, donde habiéndolo pasado por tomar el de Zalagua, que está cuatro leguas más adelante, volvieron a él porque el viento era favorable; en

el cual se regalaron, esperando ocasión de dar vela la vuelta de Acapulco, con el favor de Dios.

CAPÍTULO LXX. *De el nombramiento que segunda vez se hizo en don Luis de Velasco, segundo de este nombre, onceno vi-
rrey de esta Nueva España, donde a el presente gobierna; y
de unos cometas que aparecieron pocos días antes que le vi-
niese esta nueva*



N EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS Y SIETE, lunes, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, que fue a catorce de junio, un poco antes de las Ave Marías, en el pueblo de Tultitlan, que es de la encomienda de don Luis de Velasco, y cuatro leguas de esta ciudad a la parte de el norte, estando el cielo turbado con muy espesas y obscuras nubes, de una de ellas,

que parecía estar muy baja y con aspecto que ponía terror y espanto, que estaba (respecto de el pueblo) a la parte de la oriente y casi sobre la última casa de el pueblo, se dejó colgar un cometa de el tamaño de una grande braza; la cabeza blanca y resplandeciente y el cuerpo y cola de color de cielo, la cual, comenzando a culebrear y hacer ondas, pasó hartando por medio de el pueblo y sobre las casas que allí tiene don Luis; fue pasando aun no una vara por cima de las azuteas y casi tocando las copas de los árboles que están en su contorno y patio, de donde el dicho don Luis había salido el mes antes de mayo para otro pueblo suyo, una legua de esta ciudad, llamado Azcaputzalco; de esta manera fue saliendo de el pueblo y caminando hacia el poniente, declinado a el mediodía. Este cometa estaban mirando, con gran temor, algunos labradores que estaban por allí en sus casas y labranzas; y habiendo caminado de esta manera, como una legua, dijeron los labradores que dio la vuelta hacia la ermita de Nuestra Señora de los Remedios (dos leguas de esta ciudad a el poniente), pasando por muy junto de Azcaputzalco donde don Luis estaba y allí desapareció. Al tiempo de el caer de la nube este cometa, lo vieron muchos indios y algunos de los negros de don Luis que en la casa estaban (por haber sucedido su aparecimiento muy cerca de ella); y con el espanto que cobaron dieron muchos gritos y voces, al cual ruido salieron los religiosos del convento, y viendo su figura se admiraron y mucho más de verla ir tan baja y como navío cuando va por las aguas de la mar. Dejados muchos testigos que vieron este cometa, sólo refirió a el padre fray Gerónimo de Escacena, que era guardián de aquel convento y hombre de toda verdad y de él tomó la relación referida.

Este mismo día, se dijo también que se habían visto dos cometas muy altas sobre el mismo pueblo de Azcaputzalco; lo que yo vi diré. Esta misma tarde, después de puesto el sol y antes de la noche, estando sentado con otro religioso en un portal, antes de la entrada de la huerta en este